

afectos mas vivos y mas íntimos de nuestro corazon; nos ha propuesto la entera sumision á las órdenes de Dios, hasta el punto de regocijarnos de los padecimientos que él nos envia; la humildad, complaciéndonos en los oprobios por la gloria de Dios, y creyendo que ninguna injuria puede envilecernos tanto ante los hombres como nos envilecen y humillan nuestros pecados ante Dios á quien hemos ofendido. Sobre este fundamento de la caridad perfecciona todos los estados de la vida humana. Por este medio el matrimonio ha quedado reducido á su forma primitiva; el amor conyugal no puede ser compartido; haciendo esta sociedad indisoluble sin otro término que el de la vida, con lo que los hijos no volverán á ver mas repudiar á su madre para que ocupe una madrastra su lugar. El celibato se nos ha presentado como una imitacion de la vida de los ángeles, ocupados únicamente de su Dios y de las castas delicias de su amor. Los superiores han aprendido que deben ser servidores de sus súbditos y consagrarse á su bienestar; los súbditos á reconocer el orden de Dios en las potestades legítimas, aun cuando abusen de su autoridad: este pensamiento dulcifica la repugnancia que lleva consigo la dependencia; y bajo superiores impertinentes y molestos, la obediencia no es ya pesada al verdadero cristiano.

A estos preceptos une consejos de eminente

perfeccion, cuales son: renunciar á todo placer; vivir en el cuerpo como si tal cuerpo no existiese; abandonarlo todo, dando las riquezas á los pobres para no poseer mas que á solo Dios; vivir con poco y casi de nada, y aguardar esto poco de la divina Providencia.

Pero la ley mas propia del Evangelio es aquella por la cual se manda á cada uno que cargue con su cruz. La cruz es la verdadera prueba de la fé, el verdadero fundamento de la esperanza, la perfecta purificacion de la caridad, en una palabra, el camino del cielo. Jesucristo murió en la cruz; llevó la cruz toda su vida, y en la cruz es donde quiere que se le siga, poniendo la vida eterna á este precio. El primero á quien prometió en particular el descanso del siglo futuro, fué á un compañero de su cruz: "hoy estarás conmigo, le dijo, en el paraíso." Tan luego como estuvo pendiente de la cruz, rasgóse de arriba á abajo el velo que cubria el santuario, y se abrió el cielo para las almas santas. Al salir de la cruz y de los horrores de su suplicio, fué cuando se apareció á sus apóstoles glorioso y vencedor de la muerte, para que comprendiesen que era por la cruz por donde él debia entrar en su gloria, y que este era el único camino que debian seguir sus hijos.

En la persona de Jesucristo fué dada al mundo la imágen de una virtud perfecta, que

ni tuvo ni aguardó nada sobre la tierra , á la cual los hombres solo recompensaron con continuas persecuciones ; y la que no cesando de hacerles bien , recibió en pago de los beneficios que les hiciera el último suplicio. Jesucristo murió sin encontrar ni reconocimiento en aquellos á quienes dispensó beneficios, ni fidelidad en sus amigos , ni equidad en sus jueces. Aunque reconocida su inocencia, no le salvó ; su mismo Padre, en quien solo tenia puesta su esperanza ; retiróle todas las señales de su protección ; el Justo fué entregado á sus enemigos , y murió abandonado de Dios y de los hombres.

El Emperero era menester hacer ver á los hombres de bien que en los mayores apuros no tienen necesidad ni de ningun consuelo humano, ni de ninguna señal sensible del auxilio divino; que ellos amen solo, y que se confien asegurados de que Dios piensa en ellos sin darles ninguna señal sensible de su protección, y de que una eterna felicidad les está reservada.

El mas sábio de los filósofos, buscando la idea de la virtud, halló que así como de todos los malos sería el peor el que supiese disfrazar su malignidad pasando por un hombre de bien y gozando por este medio de todo el crédito que puede granjearse la virtud, así el mas virtuoso sería sin dificultad aquel á quien su virtud atrajese por su perfeccion la envidia de todos los hombres, de manera que no tuviese en

su favor mas que el testimonio de su propia conciencia , viéndose espuesto á todo linage de injurias, hasta el de verse clavado en una cruz, sin que su virtud pudiese darle ni aun la débil esperanza de eximirle de semejante suplicio. ¿No parece que Dios ha inspirado esta maravillosa idea de la virtud á un filósofo para hacerla efectiva en la persona de su Hijo , y hacer ver que el justo tiene otra gloria distinta , otro reposo, y en fin , otra felicidad muy diferente de la que puede gozar en la tierra ?

Establecer esta verdad y manifestarla cumplida tan visiblemente en sí mismo sacrificando su propia vida , era la obra mas grande y heróica que podia hacer un hombre ; y Dios la tuvo por tan grande y eminente , que se la reservó para que la hiciera á aquel Mesías tan prometido , á aquel hombre cuya naturaleza unió á la persona de su unigénito Hijo.

Y en efecto , ¿ pudiera reservarse una cosa mas grande para un Dios que se digna humanarse para descender á la tierra ? ¿Y podia hacer cosa mas digna de su alta magestad , que manifestar la virtud en su pureza y la eterna bienaventuranza á donde es conducida por las contradicciones , trabajos , sufrimientos y todo linage de adversidades ?

Pero si nos paramos á considerar lo que hay de mas grande y sublime en el misterio de la cruz , ¿quién es el hombre que podrá com-

prenderlo? Allí hánsenos mostrado virtudes que solo el hombre Dios podia practicar. Porque, ¿quién otro que él podria ponerse en lugar de las víctimas antiguas, abolirlas, sustituyendo una víctima de una dignidad y de un mérito tan infinito, y hacer ademas que en adelante ninguno hubiese mas que él solo que pudiese ofrecer y ser ofrecido á Dios? Tal es el acto de religion que Jesucristo ejerció en la cruz. ¿Podia el Padre eterno encontrar ni entre los ángeles ni entre los hombres una obediencia igual á aquella que le prestó su hijo bien amado cuando se entregó el Dios inmortal, voluntariamente á la muerte, por solo complacerle? ¿Y qué diremos de la perfecta union de todos sus deseos con la voluntad divina, y del amor por el cual se halla unido á Dios que estaba en él reconciliándose el mundo? En esta incomprendible union abraza á todo el género humano; pacifica el cielo y la tierra; se sumerge con un ardor inmenso en este diluvio de sangre, en donde debia ser bautizado con todos los suyos, y hace salir de sus llagas el fuego del amor divino que debia abrasar toda la tierra. Pero he aquí lo que escede á toda inteligencia; la justicia practicada por este Dios hombre que se deja condenar por el mundo para que el mundo quede eternamente condenado por la enorme iniquidad de esta sentencia. "Al presente el mundo está juzgado, y

el príncipe de este mundo va á ser echado de él," como lo dice el mismo Jesucristo. El infierno que habia subyugado al mundo, le va á perder; atacando al inocente, se verá obligado á poner en libertad á los culpables que tenia cautivos; la malhadada *obligacion* por la que nos hallábamos entregados á los ángeles rebeldes, ha quedado anulada y destruida; Jesucristo se la llevó consigo á su cruz para borrarla allí con su sangre; despojado el infierno gime y rechina los dientes; la cruz es un trofeo para nuestro Salvador, y las potestades enemigas siguen temblando el carro del vencedor. Pero mayor triunfo se presenta á nuestra vista: la justicia divina es ella misma vencida; el pecador, que le era debido como su víctima, es sustraído de sus manos; por haber encontrado un fiador que se constituyó á pagar por él el precio infinito que debia á Dios por su ofensa. Jesucristo se unió eternamente á los elegidos por quienes se entregó á la muerte: son sus miembros y su cuerpo: el Padre eterno no puede mirarlos ya sino como mira á quien se constituyó su fiador: así es que estiende á ellos el amor infinito que tiene á su hijo. Su mismo hijo es quien se le exige: no quiere ser separado de los hombres á quienes ha rescatado: "Padre mio, yo quiero, dice, que estén siempre conmigo: estarán llenos de mi espíritu; gozarán de mi gloria haciéndoles partícipes hasta de mi trono."

Después de un beneficio de tanto precio, solo cánticos de regocijo pueden expresar nuestro reconocimiento. "¡Oh maravilla! esclama un gran filósofo y un gran mártir! ¡Oh cambio incomprensible y sorprendente artificio de la sabiduría divina!" Uno solo es herido, y todos quedan rescatados. Castiga Dios á su hijo inocente por amor á los hombres culpables, y perdona á los hombres culpables por amor á su inocente hijo. "El justo paga lo que no debe, y deja absueltos á los pecadores de lo que deben; porque, ¿quién podría mejor cubrir nuestros pecados que su justicia? ¿Cómo podía ser mejor espía de la rebelión de los servidores que por la obediencia del hijo? La iniquidad de muchos es asumida por un solo justo, y la justicia de uno solo hace que muchos queden justificados." ¿Qué no podremos, pues, pretender ahora? "El que nos ha amado siendo pecadores, hasta dar su vida por nosotros, ¿qué nos negará después de habernos reconciliado y justificado con su sangre!" Todo nos pertenece por Jesucristo, la gracia, la santidad, la vida, la gloria, la bienaventuranza: el reino del hijo de Dios es nuestra herencia; nada hay que sea superior á nosotros con tal que nosotros no nos envilezcamos y lo desmerezcamos por nosotros mismos.

Mientras que Jesucristo colma nuestros deseos y escede nuestras esperanzas, consuma la

obra de Dios empezada bajo los patriarcas y en la ley de Moisés.

Entonces Dios quería hacerse conocer por pruebas sensibles: se manifestaba magnífico en promesas temporales, bueno, colmando á sus hijos de los bienes que lisonjeaban los sentidos, poderoso, librándoles de las manos de sus enemigos, fiel, conduciéndoles á la tierra prometida á sus padres, y justo por medio de las recompensas y de los castigos que manifestamente les enviaba según sus obras.

Todas aquellas maravillas preparaban el camino á las verdades que Jesucristo venia á enseñar. Si Dios es bueno hasta darnos lo que piden nuestros sentidos, ¿cuánto mas debe darnos lo que pide nuestro espíritu hecho á su imagen? Si es tan tierno y tan benéfico hacia sus hijos, ¿circunscribirá por ventura su amor y sus liberalidades á los pocos años que tiene la vida del hombre? ¿No dará á los que ama mas que una sombra de felicidad, y una tierra fértil en granos y en aceite? ¿No tendrá otro país en donde derrame con abundancia otros bienes mas sólidos y verdaderos?

Otro tendrá sin duda, y Jesucristo nos le vino á mostrar. Porque, en fin, el Omnipotente no hubiera hecho obras tan poco dignas de él, si toda su magnificencia hubiera de terminarse en grandezas espuestas á nuestros flacos sentidos. Todo lo que no es eterno, no corres-

ponde ni á la magestad de un Dios eterno, ni á las esperanzas del hombre á quien ha hecho conocer su eternidad; y esta inmutable fidelidad que guarda á sus servidores no tendrá jamás un objeto que le sea proporcionado mientras no se estienda á darles alguna cosa inmortal y permanente.

Era necesario, pues, que al fin Jesucristo nos abriese los ojos para descubrir á nuestra fé *aquella ciudad permanente*, á donde debemos ir á morar despues de nuestra vida. Nos ha hecho ver que si Dios tomó por su título eterno el nombre de Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, fué á causa de que aquellos santos hombres están siempre vivos ante él. *Dios no es el Dios de los muertos*, y es poco digno de él hacer, como hacen los hombres, acompañar á sus amigos hasta el sepulcro sin dejarles mas allá ninguna otra esperanza: y sería una vergüenza para él denominarse el Dios de Abraham si no hubiese fundado en el cielo una ciudad eterna en donde Abraham y sus hijos pudieran vivir felices.

Así es como nos han sido descubiertas por Jesucristo las verdades de la vida futura. Y aun en la misma ley de Moisés nos las manifiesta tambien. La verdadera tierra prometida es la bienaventurada patria por la que suspiraban Abraham, Isaac y Jacob: la Palestina no era el término de todos sus votos, ni podía ser el

único y solo objeto de la esperanza tan larga de nuestros padres.

El Egipto, de donde fué menester salir, el desierto, por donde fué necesario pasar, y la Babilonia, cuyas prisiones fué preciso romper para poder regresar á nuestra patria, es el mundo con sus placeres y sus vanidades: aquí es donde estamos verdaderamente cautivos y andamos errantes, y somos seducidos por el pecado y por nuestros desordenados apetitos; nos es menester sacudir este yugo para encontrar en Jerusalem y en la ciudad de nuestro Dios la verdadera libertad, y un santuario, *no fabricado por la mano del hombre*, en donde se nos aparezca la gloria del Dios de Israel.

Por esta doctrina de Jesucristo nos fué descubierto el secreto de Dios; la ley es toda ella espiritual; sus promesas nos introducen á las del evangelio, y le sirven de fundamento. Una misma luz es la que nos ilumina por todas partes: apareció su aurora en tiempo de los patriarcas: en el de Moisés y en el de los profetas acreció su esplendor. Jesucristo, mas grande que los patriarcas, mas autorizado que Moisés, y mas ilustrado que todos los profetas, nos la ha mostrado en toda su fuerza y plenitud.

A este Cristo, á este hombre Dios, á este hombre que tiene sobre la tierra, como dice san Agustin, el lugar de la verdad, y que la hace ver personalmente residiendo entre noso-

tros; á él, repito, estaba reservado mostrarnos todas las verdades, es decir, la de los misterios, la de las virtudes y la de las recompensas que Dios tiene preparadas para sus amados.

Estas grandezas eran las que los judíos debían buscar en su Mesías. Nada hay tan grande como llevar en sí mismo y descubrir á los hombres la verdad toda entera que les sustenta, que les dirige, y que clarifica sus ojos hasta el grado de hacerles capaces de ver á Dios.

En el tiempo en que la verdad debía ser manifestada á los hombres con esta plenitud, estaba tambien ordenado que fuese anunciada por toda la tierra y en todos los tiempos. Dios no dió á Moisés mas que un solo pueblo y un determinado tiempo: á Jesucristo fuéronle dados todos los siglos y todos los pueblos del mundo: por todas partes tiene sus elegidos, y su Iglesia, esparcida por todo el universo, no cesará jamas de producirlos. "Id, les dijo, enseñad á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles á guardar los mandamientos: y estad ciertos de que yo seré con vosotros hasta la consumacion de los siglos."

CAPÍTULO XX.

De la bajada del Espíritu Santo; del establecimiento de la Iglesia; de los juicios de Dios sobre los judíos y sobre los gentiles.

Para difundir por todos los lugares y en todos los siglos tan sublimes verdades, y para poner en vigor en medio de la corrupcion prácticas tan puras, era necesaria una virtud mas que humana. Fué por lo que Jesucristo prometió enviar al Espíritu Santo para fortificar á sus apóstoles y animar eternamente el cuerpo de la Iglesia.

Para declararse mas la fuerza del Espíritu Santo, debía aparecer en el momento en que la flaqueza necesitaba ser mas sostenida: *Os enviaré*, dijo Jesucristo á sus apóstoles, *lo que mi Padre ha prometido*; es decir, el Espíritu Santo; en el entretanto *permaneced en la ciudad*; no emprendais nada hasta que seais revestidos de la fortaleza de lo alto.

En conformidad á este mandato, permanecieron encerrados cuarenta dias: el Espíritu Santo bajó al tiempo determinado; las lenguas de fuego que cayeron sobre los discípulos de Jesucristo señalaron la eficacia de su palabra; empezó la predicacion; los apóstoles fueron desde entonces un testimonio vivo de Jesucristo, siempre dispuestos á sufrir todo linage de pa-